

CIUDADES CIMARRONAS

La utopía de la libertad
 en *La noche oscura del Niño Avilés*

GABRIELA TINEO

La realidad propone, lo imaginario dispone

Pierre Nora

Una de las líneas directrices que atraviesa la narrativa de Edgardo Rodríguez Juliá es la constituida por aquellos textos que se desvían hacia el siglo XVIII con el propósito de ficcionalizar los orígenes de la historia colectiva de Puerto Rico. Las novelas escritas entre 1972 y 1978, aunque publicadas con posterioridad –*La renuncia del héroe Baltasar* (1974), *La noche oscura del Niño Avilés* (1984), *El camino de Iyaloide* (1994)– y el ensayo dedicado al primer gran pintor isleño –*Campeche o los diablejos de la melancolía* (1986)¹–, recalcan en aquel siglo donde germinan los primeros indicios de la formación de la conciencia isleña: la puertorriqueñidad. No nos referimos, por cierto, a los indicios que devienen del fortalecimiento gradual de rasgos etnosociales y culturales integradores, y de procesos de autoconciencia y autodeterminación que podemos reconocer, a lo largo del siglo XVIII, en distintas regiones de Latinoamérica. Mientras que entonces en el mapa subcontinental se suceden movimientos independentistas que habrán de desembocar en la constitución de las naciones latinoamericanas, en el Caribe insular, con la excepción de Haití (1804), las luchas emancipatorias no alcanzan resoluciones victoriosas a corto plazo.² La sujeción a mecanismos de dependencia y a patrones de organización económica y

social específicos de la zona, determina el carácter diferenciado que adquieren las rebeliones isleñas respecto de las acontecidas en tierra firme. En el archipiélago, la esclavitud, el sistema de la plantación, la estratificación social en "castas" y la persistente contienda librada entre las metrópolis europeas por el control del comercio y la posesión de las colonias, articulan la lucha por la libertad en la urgencia por abolir el régimen que la coarta. De ahí que el siglo XVIII en el Caribe insular se muestre como un siglo dominado por fuerzas contradictorias: de un lado, las de la liberación, propagadas por los levantamientos de esclavos³ y la proyección exitosa del ideario de la Revolución Francesa en tierras haitianas; de otro, las del sometimiento sistemáticamente renovado por las metrópolis, a través del ajuste de medidas cada vez más drásticas para evitar conspiraciones y reprimir el espíritu insurreccional. No todas las islas, sin embargo, soportan y procesan en igual medida el embate de estas fuerzas.⁴

La estructura demográfica de las islas hispánicas —donde el número de esclavos es inferior al del resto de las islas y la población negra y mulata no sujeta a la esclavitud (libre y cimarrona) supera ampliamente a la de aquéllas— no sólo ilustra el tardío ingreso de la economía de la plantación en estas colonias. En Puerto Rico, la combinación del dato cuantificable con el que proporciona la distribución de las cifras sobre el territorio⁵, pone de relieve el desarrollo contradictorio entre la ciudad y el campo; entre San Juan, bastión militar, sede del poder colonial (eclesiástico y político), y la ruralía, sostén de la economía isleña. Mientras una va perdiendo paulatinamente la función ofensiva-defensiva ante los sucesivos ataques de las metrópolis que buscaban doblegar el monopolio español hasta prevalecer, en el siglo XVIII, como fortaleza militar⁶, nido de piratas y centro de distribución de esclavos, la otra se fortalece bajo los auspicios del contrabando, convirtiéndose en fuente dinamizadora de las potencialidades isleñas, en puente que comunica a Puerto Rico con el resto del Caribe y con Europa.⁷

Esa ciudad, amurallada e inexpugnable ante al acoso externo, resulta el escenario privilegiado por Juliá para remover los contenidos de la memoria histórica. Si en Puerto Rico, cuya sujeción a la corona española habrá de mantenerse hasta fines del siglo XIX, no hubo grandes levantamientos de esclavos y las revueltas lejos estuvieron de ser exitosas, *La noche oscura* arremete sobre esa carencia o debilidad desde una operación

contrafactual que vuelve a siglo XVIII para emplazar una versión utópica de los orígenes puertorriqueños.

No se trata, en verdad, de un ejercicio aislado. Como propuesta indagatoria del pasado, la novela es deudora de las perspectivas de análisis abiertas por las reacomodaciones generadas en el campo intelectual puertorriqueño en los años setenta, años sacudidos por el fracaso del modelo económico implementado por el Partido Popular Democrático.⁸ La renovación teórica y metodológica de la ciencia histórica, que encaminó los esfuerzos de la denominada "nueva historiografía" hacia la revisión del pasado y puso de manifiesto "la necesidad imperiosa de reinterpretarlo [...] mediante la crítica de lo respetado o lo inventado"⁹, animó nuevas representaciones de la historia colectiva desde el discurso literario. En sintonía con el escenario cambiante donde el mercado de la información se renueva y se diversifican los saberes y las prácticas, la narrativa explora épocas y acontecimientos, acompañando el abandono de la visión inmediateista y parcelada de la perspectiva histórica precedente. El derrotero de la nueva historiografía era otro: más que describir, se imponía explicar el pasado desde una óptica sistémica a partir de la cual los hechos perdieran su carácter aislado y episódico y se articularan como instancias de un proceso capaz de hacer comprensible la circunstancia inmediata.

Si para la nueva narrativa histórica revisar el pasado implicaba asumir "la crítica del conocimiento insuficiente" y "la denuncia vehemente de las distorsiones flagrantes que imp[edía]n la comprensión del pasado real y la construcción de una sociedad más justa"¹¹, para la literatura aparejaba la posibilidad de suplir los vacíos de la historia oficial mediante la invención, la distorsión o la ficcionalización de episodios fundacionales de la nación y la identidad colectiva. "[L]a historia que deseamos, que soñamos, que inventamos y falsificamos los escritores —afirma la bonicua Ana Lydia Vega aludiendo a la 'pasión de historia' inherente a la narrativa puertorriqueña de las últimas décadas— puede, de alguna extraña manera, colmar las expectativas de un público tan sediento de epopeyas como privado de referencias historiográficas concretas."¹¹

Tal parece ser el propósito perseguido por Juliá en su producción temprana. Crítico ante los vacíos de la historiografía que sirvió a su formación —encaramada en el procerato y la descripción de acontecimientos

desarticulados— se pronuncia: "Rehacer la gestación nacional es algo que le corresponde a todo país, sobre todo a los nuestros, con su pasado colonial y su gran carga de resentimiento."¹² La función de la literatura en esta empresa resulta decisiva; enfatizando el vínculo de sus primeras novelas con la materia histórica de la que se nutren, afirma que ellas "subvierte[n] la historiografía tradicional".¹³ Así pues, las versiones del pasado colectivo edificadas sobre la inexistencia de una vigorosa epopeya puertorriqueña, cuyos orígenes parecían diluirse en la imprecisión o las incertezas, se trasmutan. El mundo negro, cimarrón, las revueltas de esclavos, visitados de soslayo por la historia oficial, cobran un protagonismo inusitado; son los epicentros desde los cuales se repone un pasado si no glorioso, no exento de heroicidad. Evadiendo la fuerza centrípeta que ejerce el 98 como instancia desencadenante de relatos obsesionados por fundar los inicios de la nacionalidad en la encrucijada del cambio de dominación¹⁴, *La noche oscura* se fuga hacia el siglo XVIII para poblar de contenidos utópicos los orígenes de la historia puertorriqueña.¹⁵

La emulación de los procedimientos de la investigación histórica constituye el punto de partida.¹⁶ Así como la "nueva historiografía" se vale del documento, transformándolo en materia prima de sus renovadas especulaciones, la novela ensambla fuentes verídicas con inventadas, sometiénolas a un proceso de ficcionalización de alcances profundamente reparadores de aquello que habría sido largamente escamoteado o suprimido. Parodia el registro de las crónicas de Indias, mixturándolo con giros y lexías de otras épocas¹⁷, distorsiona las interpretaciones estereotipadas sobre la historia y la identidad isleñas, apela a la ironía para revelar más los espejismos que la veracidad de los hechos suministrados por los documentos, y elige el barroco como forma adecuada para afirmar una perspectiva abigarrada e hiperbólica que tanto sirve a los fines de representar el sincretismo caribeño como la atmósfera de alucinaciones y pesadillas en que se desarrollan los hechos narrados. Una atmósfera donde se difuminan los lindes entre la ensoñación y la vigilia, lo aparente y lo real, la mentira y la verdad, donde coexisten lo divino y lo diabólico, lo bello y lo monstruoso, lo sublime y lo escatológico.

Desde el "Prólogo", *La noche oscura* emplaza a un historiador ficticio, Alejandro Cadalso, quien exalta el hallazgo, en 1913, de una colec-

ción de crónicas y un retablo de miniaturas que prometen la revelación de un capítulo oculto de la historia de Puerto Rico: aquel en que acontece la fundación de una ciudad lacustre –Nueva Venecia– en la plaza fuerte de San Juan Bautista, por obra del “canónigo heterodoxo y protegido de los Obispos Larra y Trespacios” (IX) el Niño Avilés. Este episodio que, nos anticipa Cadalso, desocultarán las crónicas, no se relata en esta primera parte de la tetralogía.¹⁸ Sin embargo, la “ciudad libertaria y utópica” del Avilés, emblema de la esperanza de negros, cimarrones, libertos y jornaleros que huían del régimen opresivo español, gravita como una presencia constante en torno de la otra urbe sobre la cual se traman las cuarenta y ocho crónicas y documentos eslabonados en la novela: la ciudad de las Quimbambas. El “esfuerzo libertario” de Avilés (XII) se afilia en retrospectiva con el que impulsa a Obatala en la edificación del reino negro, y ambos, a su vez, antagonizan con el que alienta el accionar coercitivo de quienes desde el poder –el obispo, los militares españoles, los mercenarios ingleses– logran derrumbarlos. En consonancia con esta perspectiva genealógica, las ciudades utópicas exhiben sus parentescos. La ciudad de las Quimbambas, cuya existencia corroboran las crónicas y testimonios encañados en la novela, y Nueva Venecia, tan sólo reconstruida por los documentos citados en el “Prólogo”, pueden ser reconocidas, respectivamente, como el intento fracasado y la concreción efímera del sueño por hallar el espacio perfecto.

El archivo cronístico y testimonial que el historiador despliega con minuciosa precisión bibliográfica para dar a conocer la gesta revolucionaria y exitosa de “los hijos de Obatalá y Ogún”, no tiende a la construcción de una versión unívoca sobre los hechos.¹⁹ Las fuentes citadas, por momentos, corroboran sus teorías interpretativas, por momentos, las refutan. Más que proveer certezas, las crónicas de Juan Flores y Gracián alimentan un “juego de ficciones históricas donde [la] realidad –o una percepción– desmiente a otra.”²⁰ Ponen en debate interpretaciones disímiles sobre los mismos acontecimientos, cuestionando la existencia de una “verdad” y erigiendo la virtualidad, como zona donde anida lo posible, en cartera promotora de figuraciones menos interesadas en aproximarse a lo que el pasado fue que a lo que el pasado pudo haber sido. Este modo de reformular episodios fundacionales de la vida colectiva, que permiten ser exa-

minados a la luz de los planteos de White en torno a la narrativa histórica, se afilia con una noción genealógica del tiempo que habilita "la posibilidad de cambiar el pasado [...] del que uno ha descendido realmente por un pasado del que uno hubiera deseado descender"²¹. Y es desde las potencialidades de reversión abiertas por este ejercicio sustitutivo que la novela de Juliá sanciona la versión utópica de los orígenes puertorriqueños.

La noche oscura del Niño Avilés articula de manera ejemplar respecto de los otros textos que se repliegan en el siglo XVIII un imaginario cimentado en el deseo, en el sueño de construcción de un espacio perfecto, por libertario, aun cuando el modelo utópico que lo activa conduzca irremediablemente al fracaso. El reino de Obatal, carente de razón ordenadora y desapegado del presente regido por la tutoría del Estado, el adoctrinamiento religioso y la vigilancia punitiva de los esclavistas, aspira a la recuperación nostálgica de un tiempo mítico. Y entonces, por tender "puente a los antiguos reinos de África" (104) e ilusionar, a través de "la gran batalla de la venganza africana" (69), "la restauración de la Edad de Oro" (81), y "de la dignidad de todo un pueblo, ni más ni menos, expulsado cruel y salvajemente de su muy lejana" (51) tierra de origen, sucumbe ante las meticulosamente planificadas estrategias combativas de las fuerzas del obispo y los militares españoles.

No obstante la fugacidad en que se cristalizan los sueños de Avilés y Obatal, sus figuras crecen en dimensión épica. Desafían la intransigencia de los controles políticos y religiosos impuestos por el orden colonial para canalizar la esperanza de la multitud de hombres y mujeres que los siguen, anhelantes de un futuro emancipado de la represión "de godos y sambenitos" (XIV). Edifican ciudades que burlan las persecuciones esclavistas e inquisitoriales, que nacen condenadas a morir no obstante revelar en el brevísimo lapso de su existencia, el imaginario utópico que sirvió a su génesis y modeló su realización.²² Son recintos desconocedores del pecado, libres por el goce de los cuerpos, los placeres del paladar, las prácticas religantes de sistemas de creencias sincréticas y el contacto vivificante con la naturaleza del trópico. Urbes donde se ratifica el privilegio concedido por Juliá a los representantes del sector más segregado de la sociedad colonial, ese "eslabón perdido de nuestra cultura"²³, tal como nombra el mundo del mulataje y del negro.

Nueva Venecia y la ciudad de las Quimbambas no son, pues, lugares exentos de signos de identificación histórica precisos. Por proyectarse sobre el horizonte imaginario que alimenta la huida hacia la libertad, delatan su condición cimarrona y reenvían al palenque.²⁴ No porque sus paisajes se asemejen. La ciudad del Avilés y el reino negro de Obatal carecen de empalizada, no se levantan en terreno firme ni sus habitáculos son las precarias chozas de aquellas comunidades nacidas del escape. En una, sus suelos son pantanosos, sus calles, de agua y sus edificios, imponentes. En otro, rampas, túneles y torres se suspenden "en el vacío" (100). Sin embargo, estos rasgos, en alianza con las valoraciones que les atribuyen tanto las fuentes citadas por Cadalso en el "Prólogo" como las crónicas y fragmentos de diarios que se suceden a lo largo de los capítulos, cobran una significación que sobrepasa su funcionalidad denotativa. Enlazan, alegóricamente, la ciudad lacustre y la de las Quimbambas con aquel modelo excluyente de comunidad transgresora del Caribe colonial.

Los "predios anegadizos" y el "bien dispuesto laberinto de canales" (IX) descritos en el testimonio del cronista Rafael González Campos, las "torrecillas [...] inexplicables y asombrosas" (XII) registradas por Gustavo Castro o el "extraño paisaje de canales e islotes donde se alzan majestuosos edificios parecidos a colmenas" (XI) descubiertos en un tríptico por el archivero José Pedreira Murillo²⁵ –todos ellos defensores de la tesis de la existencia de Nueva Venecia–, ponen de relieve su estructura enmarañada y su inaccesibilidad.²⁶ Apuntan en la misma dirección las cualidades que destacan quienes intentan descifrar los enigmas arquitectónicos del Pandemónium levantado por Obatal: "el laberinto de las altas bóvedas" y los "túneles subterráneos" (100) confunden los sentidos de El Renegado, los "puentes entre las torres y las espirales" (132) devuelven la imagen de una "ciudad invertida" (134) a la percepción del obispo Trespalacios.

De igual manera que estas propiedades destinadas a extraviar los pasos y las miradas del invasor, pues contribuyen como ellas a su eficacia defensiva, los atributos que registran quienes bregan por la destrucción de estas urbes enfatizan su poder de resistencia y naturaleza subversiva. Los cronistas y funcionarios del poder eclesiástico o gubernamental suman a la estructura laberíntica que obstaculiza el ingreso y el tránsito por sus interiores, la temeridad que infunden sus custodios y la repulsión

que despiertan los cuerpos de sus habitantes, corrompidos por el pecado. Afirma el canónigo doctoral y cronista del cabildo catedralicio, don Gonzalo Núñez: "Y estos negros cimarrones [...] forman ejército mercenario bajo el mando de Avilés [...] artifices verdaderos son en la confección de disfraces aterradores, y digo esto porque llevan las cabezas afeitadas al rape y las barbas crespas y largas, adornándose las orejas con anillos, cascabeles, campanillas y otras muchas chucherías ruidosas" (XVI). Escribe Gracián, secretario del obispo Trespalacios, al observar las huestes de Mitume: "lenta procesión se volvía comparsa [...] temblorosa anticipación del terror." (241).

A pesar de juzgarlos "[d]iestros en el machete y el espadín" (XVI) y en el uso de las bridas (247) no son sus armas las que amedrentan a quienes batallan con estos "guerreros de fiera estampa" (XVI)²⁷ sino la potencia de la percusión que anima y celebra su bravura. Los cueros tronantes de la ciudad lacustre resuenan en los "incesantes toques de tambores [que] perseguían cruelmente a las tropas invasoras" (43) del reino de Obatal. Así como la "ruidosa falange negra" (47) atemoriza al adversario en el campo de combate, la exaltación de la sensualidad y la sexualidad espanta y agudiza el terror de quienes deben ejercer la imposición y el cumplimiento de la Ley Divina. Obsecuentes con los mandatos judeo-cristianos que modelan su perspectiva, los testimonios procedentes del ámbito eclesiástico enjuician el cuerpo desde el paradigma moral. Incitadoras al pecado como las "escenas lascivas" (XVI) de los lienzos de Silvestre Andino descritas por Ramón Mellado, pladoso funcionario del Archivo Municipal²⁸, las imágenes delatan el sobrecogimiento del viajero. Tanto el que sobreviene a la visión del extravío de negras y negros arrebatados por el consumo de yerbas alucinógenas como al frenesí de sus cuerpos confundidos en el "más vergonzoso de los pecados" (X) o en el baile "con los ojos volcados en éxtasis y las partes al aire [...] achulados en movimientos, comparsa ofrecida al demonio Asmodeo, galán de la lujuria" (243).

A través de los efectos provocados en los cronistas por el sonar de los tambores, los vestidos, adornos y ritos guerreros, la exacerbación de los sentidos y los comportamientos sexuales, *La noche oscura* actualiza el miedo que engendraban la fundación o la mera posibilidad de existencia de las comunidades cimarronas en la sociedad esclavista. Verdaderos "fan-

tasmas"²⁹ por atentar contra la continuidad de la trata y ser representativas de todo aquello que en la plantación podía ser reprimido o castigado, estas comunidades resultaban peligrosas ante la autoridad colonial. En la novela, el palenque deja de ser ese "fantasma" que la tutoría reguladora del Estado, la vigilancia represiva y el adoctrinamiento religioso buscó desterrar. Se encarna en Nueva Venecia y el reino negro, eludiendo a esclavistas e inquisidores y desbaratando el perfil de bastión militar de San Juan Bautista para redoblar, desde ambos movimientos, la operación contrafactual que impulsa, como lo señalamos, el ordenamiento y la significación de los hechos en la novela.

Es que si la precariedad y la localización geográfica de las comunidades improvisadas en los caminos del exilio y el peregrinaje de los avileños y molongos por el sur de la bahía, remiten materialmente a los poblados cimarrones³⁰, las ciudades construidas al final del itinerario de quienes buscan la libertad, no se asientan, como aquéllos, en las rutas abiertas por el escape de la plantación, esto es, lejos de los centros administradores del poder, el control y la punición de los actos de rebeldía o de fuga. Avilés establece la ciudad lacustre en los alrededores de las fortificaciones centenarias, en esos terrenos aledaños al recinto murado que hasta el siglo XIX permanecieron sujetos a las rígidas prescripciones de la plaza militar³¹ y Obatalá transforma en ciudad de las Quimbambas la mismísima fortaleza de San Felipe del Morro, cuya reciedumbre defensiva repelió el feroz ataque inglés en 1797.³²

Como espacios alternativos al impuesto por el régimen aplastante de la trata, las comunidades del escape significaban, como señala Benítez Rojo, "la antiplantación y, por lo tanto, la[s] que había que dismantelar con mayor premura".³³ Ese es el destino en el que acaban los sueños de los "hijos de Obatalá y Ogún" en la novela. Pero el ímpetu de su rebelión, que logra apoderarse de las monumentales defensas de piedra y argamasa, que resiste a la agresión externa amurallándose tras el rito, la danza y los toques del tambor³⁴, no es doblegado por el embate de fuerzas superiores en destreza guerrera y arrojo. Más que la valentía puesta a prueba en el campo de batalla, el factor que determina la derrota de las huestes negras —asidas a "reinos de fantasía" (54) y debilitadas por la pugna entre sus caudillos— es el aprovechamiento estratégico de la ausencia de un plan ordena-

dor que guíe sus movimientos. La infantería de Trespalacios vence y reconquista la plaza, conjura "los demonios mágicos" (329) que se habían apoderado de la ciudad para restituirla como "habitáculo de la fe" y "redimida carcelera de la esperanza" (328).

Nueva Venecia también sucumbe ante el poder colonial, esta vez, aliado con mercenarios ingleses. Pero no es la destrucción de su arquitectura "imponente" (X) el último golpe mortal que persiguen asestarle sus detractores. En el "Prólogo", recordemos, se afirma que a su desaparición física del paisaje de los caños cercanos a San Juan, le sucede el denodado esfuerzo de gobernantes e inquisidores por erradicarla de la memoria colectiva. Voluntad que, también sabemos desde el principio, no se consume plenamente. Más de un siglo después de la quema de los documentos probatorios de su existencia, ordenada por el Cabildo y el Santo Tribunal, aquel "fantasma del libertinaje y la traición" (XIII) vuelve redivivo.³⁵ A través del duelo de versiones sobre la fundación —real o apócrifa— de la colonia libre, desatado por el hallazgo de las pinturas y crónicas salvadas de la "santa orden" (XIII), *La noche oscura* actualiza, en su instancia preliminar, la lucha de poderes que entraña la historiografía, la incidencia de las coordenadas que cruzan el presente desde el cual se esgrime una representación del pasado y las estrategias de las que se vale el discurso de la historia para modelar los recuerdos y los olvidos colectivos.

Cadalso recompone la ciudad del Avilés sin recurrir al relato de las circunstancias que abonaron su nacimiento y derrumbe. La instala en su presente de enunciación con el fin de revitalizarla como epicentro de un capítulo borrado deliberadamente de la historiografía puertorriqueña. Resumida y fragmentariamente, la imagen de Nueva Venecia va configurándose a partir de los documentos expuestos por el historiador, quien busca no sólo probar su existencia —contraponiéndose a quienes la reducen a un embeleco promotor de una "historia apócrifa" (XII)— sino también restituírle su densidad histórica escamoteada.

La controversia entre quienes la designan "bendita ciudad" (X) o "magnífica visión" (XV) y quienes la estigmatizan "como peste feroz para los ojos y el alma" (XIV), es recobrada por el prologuista mediante la formulación antitética que elige para tensar los predicamentos. Adelantando el contenido de las fuentes que luego pondrá a consideración del lector, Ca-

dalso afirma al comenzar: "renace ante nosotros la ciudad maldita, ámbito de la exaltación religiosa y el desenfreno sensual, sitio de Dios y el demonio, encrucijada de Sodoma y Nueva Jerusalén" (IX-X). La reunión de los opuestos antecedida por el juicio condenatorio no se limita a anticipar el destino y el doble signo de la ciudad que luego corroborarán los documentos ("angelical y demoníaco", X). La pugna entre detractores y defensores que en esa oposición se da cita sirve al historiador para posicionarse y postular su interpretación sobre las razones que determinaron la expulsión de la ciudad lacustre de la memoria colectiva: "Nueva Venecia desaparece de la historiografía por decisión de las autoridades coloniales del siglo pasado. La presencia de aquella ciudad libertaria y utópica [...] debió resultar inquietante para un régimen español amenazado por el esfuerzo libertario de Bolívar" (XII). De la leyenda negra que la trae al presente desde los tiempos de la colonia convertida en "Pandemónium de [...] herejías y exaltaciones demoníacas" (XIII), exhuma, finalmente, la causa *verdadera* que había decretado la urgencia de su olvido: "Era el miedo agazapado, tanto en el colono como en el colonizado, el riesgo inherente a todo esfuerzo libertario, el peligro implícito en cualquier dominación" (XIII). Así, tras el enjuiciamiento a la imposición del olvido como mecanismo legitimador de un proyecto abocado a la preservación de la "leal y católica plaza" (XIII) bajo la tutela de España, Cadalso reflexiona sobre la incidencia del poder político en la construcción de la memoria histórica, justifica su labor revisionista y exalta los alcances desocultadores de la novela.

Al radicar en el peligro que representaba para los intereses del Estado, la Iglesia y la burguesía criolla, la existencia de "aquel recinto donde Avilés pretendió fundar la libertad" (XII), delega en *La noche oscura* la fuerza probatoria de un pasado alterno. Un pasado disidente de la versión oficial, donde Nueva Venecia –"ciudad que redime nuestra historia y fundamenta nuestra esperanza" (XII), manifiesta– se erige en sitio convocante de una genealogía reparadora. De esa trama repositoria de amnesias que labran las narrativas históricas para garantizar, como dijera Anderson, el trazado ulterior de las genealogías de las naciones.³⁶

La utopía y la visión heroica, sin embargo, no sólo suplen el vacío historiográfico en torno de las rebeliones de esclavos y sustituyen los orígenes huérfanos de heroicidad de la historia puertorriqueña por gestas que

cristalizaron el sueño de la libertad. La "ilusión retrospectiva"³⁷ sobre la que descansa *La noche oscura* rezuma, además, la vehemencia con que esa visión supletoria del pasado en clave épica impacta sobre las irresoluciones de la experiencia histórico-política isleña del siglo XX y lo que va del XXI. Desde las controversias de estos siglos marcados por el afianzamiento del colonialismo y la añoranza de un pasado proveedor de mitos fundacionales, la lucha por la libertad o aun desde su naturaleza abortada el intento por urdir un proyecto alternativo al impuesto refractan sobre la actualidad y el porvenir isleños. Son los puentes que enlazan el presente con el pasado, tal vez para contraponer la ausencia de una fuerza social efectivamente capaz de conjurar la debilidad o la dependencia de uno a la aspiración libertaria y los ímpetus revolucionarios —aunque frustrados— del otro. O tal vez, para hallar en la fabulación de esos orígenes heroicos, la posibilidad de imaginar otro destino.

NOTAS

- ¹ *La renuncia del héroe Baltasar* (1974). Río Piedras: Editorial Cultural; *La noche oscura del Niño Avilés* (1984). Río Piedras: Huracán; *Campeche o los diablejos de la melancolía* (1986). Río Piedras: Instituto de Cultura Puertorriqueña; *El camino de Yyaloidé* (1994). Venezuela: Grijalbo. Las citas de *La noche oscura del Niño Avilés* corresponden a la edición consignada. Abreviamos *La noche oscura*.
- ² Las rebeliones y levantamientos de esclavos acontecidas en el transcurso del siglo XVIII logran el éxito en el tiempo histórico de larga duración por el hecho de articular y contribuir –desde abajo– al lento proceso que conduce a la abolición de la esclavitud.
- ³ Entre otros: Antigua (1728 y 1737), Haití (1724, 1730, 1734 y 1740), Saint John (1733) Saint Kitts (1735 y 1770), Yare (1745), Jamaica (1754, 1760 y 1769) y Tobago (1770 y 1771).
- ⁴ Conviene recordar que las estructuras sociales y económicas de las colonias españolas son ostensiblemente atrasadas respecto de aquellas verificables en territorios bajo el tutelaje de Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Holanda o Francia. Por otra parte, no podemos pasar por alto la relación entre las fuerzas señaladas y el establecimiento de la plantación en los distintos eslabones del archipiélago. Los destiempos en que se articula el sistema económico directamente sujeto a la trata negrera son acentuados. Mientras que en La Española este régimen de producción se implementa desde principios del siglo XVI, no será hasta finales del siglo XVIII que España emprenda la política de plantación en Cuba y Puerto Rico.
- ⁵ Si bien en Puerto Rico hubo rebeliones no se ha registrado un levantamiento generalizado como en otras islas. Una de las interpretaciones históricas radica las causas de este fenómeno en la distribución geográfica de los esclavos, en la numerosa población de negros y mulatos libres, y en la existencia de propietarios pardos, mulatos y negros. Véase Silen, Juan Ángel (1980). *Historia de la nación puertorriqueña*. Río Piedras: Editorial Edil Inc.
- ⁶ Durante el siglo XVII aumenta la actividad de ingleses, franceses y holandeses en el Caribe, poniendo a prueba la resistencia de San Juan como plaza militar. El ataque holandés de 1625 y los protagonizados en el siglo XVIII por flotas inglesas (Arecibo, 1702), danesas (Loíza, 1702) y holandesas (Guadianilla, 1703), dis-

minuyen paulatinamente el dominio absoluto de España sobre el área. San Juan deja de ser un puntal ofensivo, se cierra como puerto comercial y limita su función a plaza defensiva. Es importante señalar que esta transformación incide negativamente en el desarrollo del sistema de plantación azucarera y fomenta el contrabando de productos agrícolas desde otros puertos: Ponce, Mayagüez, Cabo Rojo y Añasco.

- ⁷ La falta de integración entre la ciudad y la ruralía y la contradicción entre la vida parasitaria de San Juan en tanto fortaleza militar y la vida activa del interior, aparecen como constantes en los informes de la época. El mariscal O' Reilly en *Memoria sobre la isla de Puerto Rico* (1765) y Fray Iñigo Abbad y Lasierra en *Historia Geográfica, Civil y Natural de San Juan Bautista de Puerto Rico* (1782), representantes del poder militar y eclesiástico respectivamente, insisten en la descripción de la riqueza isleña y el ineficaz sistema económico implementado por la Corona. Abundan en recomendaciones tendientes a establecer la comunicación entre San Juan y la ruralía para mejorar la administración de la colonia y hacerla una fuente de ingresos segura.
- ⁸ La profunda crisis económica y social desencadenada por la detención abrupta del "milagro económico" del Estado Libre Asociado (E.L.A.), es la causa primordial del sacudimiento de la sociedad isleña. No obstante, otros acontecimientos contribuyeron a acentuar la efervescencia política y social del momento. A modo de ejemplo: las luchas por la liberación en Asia y África, la vigencia del imaginario de la Revolución Cubana, la Guerra de Vietnam y sus miles de soldados puertorriqueños muertos, los movimientos de liberación negra, gay, femenina y el resurgimiento del independentismo socialista en la colonia.
- ⁹ García, Gervasio (1989). *Historia crítica, historia sin coartadas. Algunos problemas de la historia de Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán. 13. Al hablar de "nueva historiografía" aludimos a la corriente del discurso historiográfico que renovó los paradigmas de la disciplina, buscando abrir nuevas perspectivas de análisis, capaces de posibilitar el entendimiento y la reconstrucción del pasado, desde un posicionamiento dirigido a redefinir, fundamentalmente, el rol del intelectual y de la memoria histórica en el contexto de la dependencia colonial. Son representantes de esta corriente, entre otros, Gervasio García, Fernando Picó y Ángel Quintero Rivera.
- ¹⁰ García. Cit., 40.
- ¹¹ Vega, Ana Lydia (1994), "Nosotros los historicidas". *Diálogo*, noviembre, 22.

- ¹² En Ortega, Julio (1991). *Reapropiaciones: cultura y nueva escrita en Puerto Rico*. Río Piedras: Editorial de la Universidad. 154.
- ¹³ Ortega. Cit., 155.
- ¹⁴ Aludimos a la conversión de la isla en territorio incorporado a los Estados Unidos, a partir de la firma del Tratado de París que sella el fin de la guerra Hispano-americana.
- ¹⁵ La crítica coincide en señalar que las proposiciones que encauzan dichos contenidos no suscriben a los modelos de las utopías del siglo XVIII. Leída como "antiutopía" (González) por carecer de forma, como "heterotopía" por desear "la liberación general del Ser" (Benítez Rojo, 594) o como anhelo que diseña un "espacio donde la utopía más que proyecto es quimera, y quimera destruida" pues no se aviene "al ordenamiento que la razón supone" (Zanetti, 28, 29), lo cierto es que la aspiración libertaria de Avilés y el caudillo negro activa un "entusiasmo vital" (Aínsa) que se opone a la formalización de mundos posibles con arreglo a una perspectiva asociada a la casualidad histórica, el porvenir y el progreso. González, Rubén (1997). *La historia puertorriqueña de Rodríguez Juliá*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico; Benítez Rojo, Antonio (1989). "Niño Avilés o la libido de la historia: en *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte; Zanetti, Susana (1994). "Las historias fingidas en *La noche oscura del Niño Avilés*". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*. Año 2, nº 4; Aínsa, Fernando (1997). "La marcha sin fin de las utopías en América Latina". *Exégesis*. Año 10, nº 29.
- ¹⁶ La crítica se ha ocupado preferentemente de analizarla en función de las estrategias discursivas a través de las cuales pone en escena su enlace con las convenciones de la narrativa histórica. Por ejemplo: Aínsa, Fernando (1991). "La nueva novela histórica latinoamericana". *Plural*; González, Anibal. Cit.; Benítez Rojo. Cit.; González, Rubén. Cit.
- ¹⁷ A propósito de la parodia, el trabajo de César Salgado introduce una significativa variación respecto de los críticos que se han ocupado de la cuestión. Discrepando con quienes han reducido esa "estrategia mimética" (159) a la emulación del estilo dieciochesco, Salgado propone leerla como mecanismo a través del cual Rodríguez Juliá asesta sobre "la monumentalización que ha hecho el historiador criollo del documento burocrático" (160), sobre el "fetichismo documental" que caracterizó la tradición de la praxis histórica en la isla desde el siglo XIX hasta la década del sesenta del siglo XX. Salgado, César (1999). "Archivos encon-

trados: Edgardo Rodríguez Juliá o los diablejos de la historiografía criolla". *Cuadernos Americanos*. Nº 7.

- ¹⁸ Recordemos que *La noche oscura del Niño Avilés* y *El camino de Yyaloide* constituyen la primera y segunda parte del corpus que ha sido anunciado como una tetralogía, *Crónica de Nueva Venecia*.
- ¹⁹ El "Prólogo" de *La noche oscura* es ejemplar en este sentido. No obstante su férrea convicción acerca de la existencia de Nueva Venecia, Cadalso pone en cotejo versiones que la niegan, delegando en el lector la facultad de dirimir la verdad: "¿Existió Nueva Venecia? Ahora le corresponde al lector otorgar su fallo, resolver tan largo litigio..." (XVII).
- ²⁰ González, Rubén. Cit., 82.
- ²¹ White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós. 161.
- ²² Desde una lectura alegórica de la novela, Aníbal González reconoce varias utopías: "1- La torre de Babel de Obatal (y el paraíso gentil de Yyaloide): utopía de corte neo-africano. 2. La ciudad de Dios del Obispo Trespalacios: utopía hispanizante y neo-medieval. 3. El modo de vida representado por el caudillo avileño Pepe Díaz: utopía hecha a la medida de los criollos blancos de la isla. 4. La Ciudad Aérea: utopía más 'pura', especie de archi-utopía, alegoriza el concepto mismo de utopía." González, Aníbal (1986). "Una alegoría de la cultura puertorriqueña. *La noche oscura del Niño Avilés*." *Revista Iberoamericana*. Nº 53.
- ²³ Ortega. Cit., 140.
- ²⁴ El palenque era la comunidad constituida por los negros fugados de las plantaciones.
- ²⁵ Según el testimonio de Murillo, el tríptico por él descubierto junto con otros documentos probatorios de la existencia de Nueva Venecia pertenece a Silvestre Andino, sobrino del pintor puertorriqueño José Campeche.
- ²⁶ Estas propiedades eran las distintivas de los palenques pues se ubicaban en sitios recónditos y de difícil acceso para los "rancheadores", agentes destinados a perseguir y capturar a los rebeldes, o para el aparato persecutor dependiente de la Iglesia. La inaccesibilidad no sólo dependía de los lugares elegidos para levantar estas colonias sino fundamentalmente de las estrategias instrumentadas para imposibilitar el acceso y repeler el ataque del exterior: en sus proximidades se trazaban caminos en apariencia conducentes al centro del palenque. Sin dejar rastros pues caminaban por los ríos, los fugitivos abrían veredas que

funcionaban como trampas, provocando el extravío del invasor. También grandes peñascos se sumaban a la defensa de la colonia cuando ésta se erigía en las cimas de las montañas.

- ²⁷ A su vez, Gracián describe el ejército de Mitume como "fiera tropa de guerreros con machetes". (245).
- ²⁸ Acta notarial citada en el "Prólogo".
- ²⁹ Carrera Damas, Germán. "Huida y enfrentamiento" en Moreno Fragnals, Manuel (1977). *África en América*. México: Siglo Veintiuno. 41. Desde la perspectiva de la autoridad colonial, la ciudad lacustre mantiene este sentido. Así la define don Alejo Palacios, Redactor de Gobernación, cuya acta notarial es citada en el "Prólogo": "fantasma del libertinaje y la traición" (XVI).
- ³⁰ Pues estas comunidades, levantadas por los avileños, que ansían recuperar el sueño arrebatado por los desafortunados llantos del infante, o por los molongos que persiguen el espacio de la libertad, están hechas —como sus pares históricas— de hojas de palmas y yaguas. En otro orden, la novela nos proporciona varios indicios geográficos que identifican la ciudad lacustre con la de las Quimbambas y a su vez a ambas con la zona de Santurce. No creemos forzar la interpretación de las sugerencias que nos ofrece *La noche oscura*, al postular que aquellas ciudades se construyen a partir de la significación histórica e imaginaria que ha tenido la península de Santurce como territorio vinculado al mundo cimarrón. Allí, a mediados del siglo XVII comenzaron a formarse poblados de libertos y cimarrones escapados de las Antillas Menores. Algunos de los indicios aludidos son: la península está ubicada al sur de la bahía, la une a la isla una serie de puentes (recordemos la frecuente referencia a los puentes que sostienen el reino negro y la ubicación del ejército de Avilés "al otro lado de la bahía, XIV), y abunda en mangles, caños y lagunas (como el lugar elegido para la fundación de la ciudad lacustre). Pertenece a la zona Cangrejos, lugar donde Obatal abre los caminos de provisiones del ejército molongo ("desde las haciendas aledañas a Boca de Cangrejos...", 43) y Cadalso busca en la tradición oral huellas probatorias de la existencia de la ciudad lacustre ("En vano han resultado mis esfuerzos por encontrar rastros de la ciudad en las coplas de Cangrejos", XII). Por su parte, los ingleses que destruyen Nueva Venecia trazan su primera avanzada sobre el canal de Miraflores y Mitume sueña el ataque de su ejército a la retaguardia de Obatal en "los canales que orillan [...] Miraflores", nombre de la isleta situada en la zona a la que hacemos referencia.

Los indicios que permiten identificar la ciudad lacustre con la de las Quimbambas, no sólo los atinentes a su ubicación geográfica que hemos señalado sino también aquellos que aluden a su carácter diabólico y depravado, ha llevado a algunos críticos a identificarlas. Sobre esto se ha pronunciado Rodríguez Juliá: "han confundido el episodio de 'la ciudad de las Quimbambas' con la fundación de la propia Nueva Venecia. Ésta no es sino una especie de metáfora amplificadora de la ciudad que sí aparece en *La noche oscura* y que se sitúa en El Morro." Ortega. Cit. 152.

- ³¹ La construcción en las zonas defensivas demarcadas por las fortificaciones se mantuvo vedada, hasta entonces, a toda obra de carácter permanente. Sólo era posible asentar en ellas sembrados para el abastecimiento de la ciudad y escasos bohíos. Véase Castro Arroyo, María de los Ángeles (1999). *San Juan de Puerto Rico. La ciudad a través del tiempo*. Departamento de Cultura. Municipio de San Juan.
- ³² La eficacia de las defensas quedó probada ante la escuadra británica que intentó invadir San Juan. Los ingleses adjudicaron el fracaso del ataque a las estructuras levantadas en la costas de la ciudad.
- ³³ Benitez Rojo. Cit., 595.
- ³⁴ "Las celebraciones de los negros se convirtieron en la mejor defensa de la ciudad." 44.
- ³⁵ Afirma Cadalso: "Nueva Venecia ha vuelto a nosotros, sus asombrosos canales evocados en los lienzos de Silvestre Andino, comentados sus laberintos morales y teológicos en estas crónicas de la colección Pedreira." (XVII).
- ³⁶ Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E.
- ³⁷ Madrid: Alianza, IEPALA, 135.